

**LA ENFERMEDAD
DE LAS NIÑAS RUBIAS**

Accésit del XXIV Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón “Antonio Selgado del Olmo” 2008

Me di cuenta de ello en el vuelo 3639 de Iberia rumbo al aeropuerto de Venecia-Marco Polo. Fue tan sólo un instante, una mirada a escondidas entre los pasajeros mientras trataba de localizar a la azafata para que se dejara ya de repartir periódicos y me pusiera de una vez el gintonic que le había pedido. Ella no tendría más de dieciocho o diecinueve años, era dueña de una melena rubia muy tupida y llevaba la depravación en la mirada sólo conseguida por las muchachas que se van a acostar con un tipo muy torpe que utilizará un kleenex la primera vez. Aunque lo de la enfermedad de las niñas rubias siempre ha estado mal visto y se ha llegado a comparar con la superchería, teniéndola por una creencia inculta que resopla cada poco en los departamentos de Arte de las universidades hacia el aciago delta de su renuncia, a mí siempre me llamó la atención ese silencio y he dedicado toda mi vida a su estudio: Siglo XX, un caso contrastado. París, mayo de 1968. Helena Dolhain es encontrada muerta en la bañera de su habitación de hotel con las venas abiertas, como queriendo parecerse mucho al cuadro de Jacques-Louis David *Muerte de Marat*, y con *La náusea* de Jean-Paul Sartre reposando sobre el suelo del

baño. Siglo XVI, el caso más famoso de todos, Florencia 1597. Isabelle Fontebranda, la joven sirvienta rubia del Palacio del conde Giovanni de Bardi, aparta con sumo cuidado un tapiz para ver la ópera desaparecida a día de hoy *Dafne*, de Jacopo Peri, representada en exclusiva para la llamada *Camerata Bardi*, compuesta solamente de florentinos ilustres como Pietro Strozzi o Vincenzo Galilei, y se quita la vida al clavarse una daga en el pecho al final de la misma. Así hay muchos casos más que han pasado desapercibidos, casos de los que nadie habla porque la belleza nos es indiferente a todos, bueno, a todos no. A mí no. Pero a quién le importa que un profesor de Historia del Arte de la Universidad de Murcia investigue sobre la enfermedad de las niñas rubias, un profesor divorciado de cuarenta y nueve años que pasa los fines de semana en Almansa en casa de sus padres ancianos y que sale a beber gintonics al bar del pueblo y lee carteles que dicen cubalibre tres euros o matrícula abierta para las clases de baile en la casa de la cultura. Claro que los alumnos de hoy en día tampoco están interesados por el estudio de la belleza en el Arte, sino que prefieren dormirse en el aula con la luz apagada, mientras les paso las diapositivas y se las comento sin demasiadas ganas, la verdad. Aunque siempre está la típica Gema o Lourditas que va y te hace un examen genial, pero luego piensas que no la tendrás como alumna el curso que viene, que ella se preparará unas oposiciones para dar clases en cualquier instituto y que luego le llegarán también a ella los gintonics y le ocurrirá lo del divorcio. Por eso, cuando vi a esa niña rubia subida en el avión, ya no volví a pensar más en Mariemi o en los chicos, ni siquiera en alum-

nas que se llaman Gema o Lourditas, y de repente ya no me importaba que mis hijos no quisieran ir a cenar con sus abuelos a Almansa cada Navidad, el momento aquel en que Mariemi se quitó el anillo de casada y lo tiró contra el suelo, o la azafata que me negó el gintonic, aludiendo que hasta que no alcanzáramos los treinta mil pies de altura no se servirían bebidas. Ella, como era previsible, se pasó todo el viaje mirando las nubes, hiriendo sus ojos con un azul celeste inigualable. Si acaso albergué alguna duda sobre si aquél podía ser un caso de esa extraña enfermedad que acaba con las niñas rubias, se disipó ya en Venecia, cuando todos fuimos a recoger nuestros equipajes y ella, que viajaba sin maletas, tan sólo recogió un enorme perro galgo, que es un perro como muy imperial y majestuoso, haciéndole salir de su jaula de viaje y poniéndole el collar, mientras los agentes de policía comprobaban que todo estaba correcto en la cartilla veterinaria. Ella se puso gafas de sol y salió con su perro galgo buscando un taxi que la llevara hasta algún lugar donde pudiera coger el *vaporetto*. Decidí seguirla confiando en una corazonada, en que fuera una de esas niñas de las que nadie habla cuando mueren, porque hacen de sus suicidios las consecuencias últimas de unas vidas vacías, cuando en realidad es la belleza quien las enferma y las induce a no querer continuar después de haber presenciado algo, digámoslo así, sublime. Mientras mi taxi seguía al suyo, saqué de la bolsa de viaje un cuaderno para anotar: parece ansiosa por ver El Gran Canal. Una vez mi padre me sorprendió escribiendo la tesis doctoral sobre la enfermedad de las niñas rubias en su casa de Almansa. Recordé que vino por detrás, sigiloso y muy en-

corvado sobre su bastón. Al leer algo de lo que tenía escrito en el portátil, salió de la oscuridad y me dijo que lo que hacía yo no era de hombres, que escribir sobre Arte era de maricones. Claro que él no sabe que hay cincuenta y dos posibles casos donde la enfermedad se ha manifestado a lo largo de la Historia, alcanzando su mayor virulencia precisamente en la Antigüedad Clásica y en el Renacimiento, picos coincidentes con las épocas de mayor esplendor artístico. Lo que nunca pensé una vez embocadas las últimas páginas de mi tesis, era que yo mismo fuera a encontrarme con un caso, que supiera reconocerlo y que, además, estuviera en disposición de recabar toda la información que iba surgiendo en un cuaderno de anotaciones. En Murcia no lo saben, mis hijos no lo saben, ni mis padres, pero si he viajado tanto en los últimos años ha sido porque tenía la vaga esperanza de encontrar algún caso. Mariemi sí lo sabía, por eso se divorció, asoció lo de las niñas rubias con el adulterio y es posible que se sintiera verdaderamente engañada al atender a mis justificaciones academicistas e investigadoras. Siempre selecciono cuidadosamente el lugar, que debe ser lo suficientemente bello como para hacer enfermar y, aunque eso podría darse en cualquier rincón, los principales casos han aparecido en las ciudades que eligió el Arte para posarse sobre ellas. Algo de eso ha escrito el profesor Jean-Loup Gerome en su maravilloso ensayo *Le beau*, que quiere decir Lo bello, auténtica Biblia para los estudiosos de la enfermedad y único testimonio donde se recogen por escrito casos concretos como el de una niña griega, que según recoge Gerome bebiendo de los cronistas de la época clásica, enfermó súbitamente y sin reme-

dio en el siglo V a.C. al entrar por sorpresa en la escuela broncista de Argos y contemplar el resultado de los trabajos llevados a cabo por Mirón de Eleuterios, el que más tarde adquiriría fama internacional con su original actualmente perdido del *Discóbolo*. También está el caso Lesseps en el XIX. Los amantes de la Historia, y de Egipto en concreto, recordarán al diplomático francés Ferdinand de Lesseps como el ideólogo que retomó el proyecto del Canal de Suez; en cambio para el profesor Gerome es sólo el diplomático que acogió a una joven francesa amiga de la acaudalada familia Lesseps tras aceptar, sin mucho convencimiento debido a las tensiones propias del lugar, las intenciones referidas en la carta que le hizo llegar hasta Egipto la propia mademoiselle Broteaux, con su piel blanca, su melena rubia y su extremada juventud ávida de nuevas conquistas y descubrimientos personales, donde expresaba el deseo de conocer aquel país africano y, aprovechándose de las influencias familiares, logró que Ferdinand aceptara recibirla en el consulado y tenerla viviendo consigo por espacio de dos meses, los cuales no pudo disfrutar porque enseguida abrió el compartimento secreto de su sortija y bebió un veneno mortal al saberse afectada por la enfermedad de las niñas rubias. Eso ocurrió al día siguiente de su llegada a Egipto cuando, subida al amanecer en una de las atalayas más elevadas de la ciudad, contempló por vez primera las cúpulas de piedra y los alminares de El Cairo fatimí, mientras el almuédano llamaba a la oración con unas palabras para ella tan desconocidas como bellas. Claro que el ensayo de Gerome no es total, una vez recogidos los casos y habiendo trazado magistralmente sus descripciones, se

adentra en la confusa fluctuación de intentar presentar unas conclusiones dignas, quizás porque las propias limitaciones del especialista así lo dicten, precisando apoyarse entonces en los conocimientos de la rama sanitaria, dejando huérfana —por ejemplo— la respuesta a la pregunta ¿por qué precisamente a las niñas rubias? Yo, que como profesor de Historia del Arte tampoco conozco la respuesta desde el punto de vista científico, lo que sí me atrevo a postular en la tesis es una explicación de carácter artístico. Ataca a las niñas rubias porque lo bello llama a lo bello y, entre el género humano, sólo una mujer de estas características puede acercarse al ideal de belleza, provocando la concomitancia sensorial, el entendimiento pleno. Así que sólo ellas comprenden, sólo ellas pueden apreciar en su totalidad lo sublime, siendo en determinados casos la permeabilidad tal que supera los límites tolerables y es cuando se desata la enfermedad y el afán de querer morir allí y entonces. Mariemi en cambio es morena, mis padres no tienen estudios y mis hijos, que podrían haber sido mi última esperanza de comprensión, odian entrar a los museos. Ella en cambio no, ella se registró en el *Excelsior Palace* y comió en su restaurante con vistas antes de salir al encuentro de Palladio, Giambattista Tiepolo, de *Santa María della Salute* o de un paseo en góndola junto con su perro galgo por el Gran Canal. Yo viajé también mucho con Mariemi y con los niños, siempre atento a las melenas rubias que se volteaban en cada esquina, pero no hubo suerte. Tuvo que ser allí en Venecia, arrastrando por toda la ciudad mi bolsa de viaje, sin oportunidad de registrarme en el hotel que había reservado hace varios meses, persiguiendo por iglesias y

puentes a quien yo creía una enferma, colocándome a una distancia prudencial para no ser sorprendido, escribiendo en mi cuaderno de anotaciones frases como: mostró cara de placer en la Galería de la Academia frente a *La tempestad* de Giorgione, se secó una lágrima en *San Sebastiano* frente a la tumba de El Veronés y sus coloridas obras, se puso ambas manos sobre el corazón al contemplar ese enorme lienzo conocido como *El Paraíso* de Tintoretto en la Sala del Consejo Mayor del Palacio de los *Dux*; muestras todas ellas de una infección terminal. Recuerdo que una vez estuve a punto de perderla de vista cuando decidió hacer cola para entrar en la basílica de San Marcos porque, llegado mi turno, no me dejaron pasar con la bolsa de viaje. Hasta entonces no lo había pensado, pero era muy probable que si aquella niña rubia estaba infectada y había elegido la ciudad de Venecia para morir, que lo hiciera allí en San Marcos. Por eso me apresuré a dejar la bolsa en una taquilla habilitada en un edificio cercano, conforme recomiendan las indicaciones para turistas, y volví a la basílica apartando viajeros inmersos en su distracción y recreo en torno a la *Piazza*, para intentar descubrirla entre los cientos de personas allí convocadas. Por suerte la encontré sentada en un banco, con la mirada perdida en el techo, mientras atendía a las explicaciones en español de una estudiante Erasmus sobre la cúpula central, también conocida como la de la Ascensión, con sus mosaicos de principios del siglo XIII. Su expresión era placentera y sonriente, anoté en mi cuaderno, la misma expresión que, según el brillante ensayo del profesor Jean-Loup Gerome, se le atribuyó al morir a lady Elizabeth Liston, duquesa de De-

vonshire, cuando hacia 1792 viajó a Florencia para ocultar supuestamente un nacimiento ilegítimo, pereciendo nada más contemplar la fastuosa *Santa María dei Fiori*, muerte por otro lado comúnmente atribuida a un aborto mal atendido que la hizo desangrarse, pero que bien podría haber sido a causa de la enfermedad de las niñas rubias, pues la duquesa sin duda despertaba grandes pasiones entre los hombres por sus atributos físicos, entre los que se encontraba una importante melena rubia, como se puede comprobar en el retrato de lady Elizabeth que consiguió incluir Gerome en su manual. A la salida de San Marcos, ella desató de una farola a su perro galgo y continuó incansable recorriendo la ciudad de puente en puente, probándose las máscaras tradicionales en cada puesto o bebiendo *Spritz* junto a algunos galantes muchachos italianos que acariciaban a su perro galgo mientras la adulaban con palabras. Las luces de la tarde comenzaban a decaer, pero eso no implicaba una reducción del número de turistas que atestaban Venecia. A Mariemi tampoco le gustaban los turistas, ella nunca entendió ese afán de los hombres por visitar lo desconocido, lo que han oído decir que es bello y lejano, por eso protestaba por el número tan elevado de viajes que hacíamos cada año y en una cafetería del aeropuerto de Orly, entre sandwiches y zumo de naranja, me dijo aquello de que si no tenía suficiente con todos los países en los que habíamos estado, que si no sería mejor pasar unos días en casa de mis padres en Almansa. Por el contrario, aquella muchacha parecía flotar entre el bullicio como si estuviera viviendo en la música de Antonio Vivaldi, nunca la vi perder su sonrisa si exceptuamos cuando ante la anti-

gua residencia de Peggy Guggenheim entendió que se había hecho ya demasiado tarde para entrar a contemplar las obras de la colección privada de arte que amasó esta mecenas estadounidense, porque la galería anunció que cerraría sus puertas en breves momentos, así que ante la negativa a poder contemplar los trabajos de Jackson Pollock y Max Ernst allí reunidos, tuvo que conformarse con utilizar el servicio de cafetería en los jardines del museo, mientras asistía a una puesta de sol reconfortante y hablaba con un negro que al principio parecía querer venderle un bolso de imitación y que terminó por aceptar su dinero junto a un trozo de papel donde ella le había escrito algo. Como no quería contribuir a la idea devastadora de poder perderla de vista, renuncié a prolongar la conversación que mantenía con Mariemi a través del móvil, le dije que sí, que no había problema en subir la pensión que le pasaba a los chicos, que ya lo pondría en conocimiento de mi abogado, aunque eso supusiera comenzar a vivir con estrecheces, dejar de viajar o tener que volver a pedirle dinero a mi padre, asumiendo el fracaso de mis cuarenta y nueve años. Al poco, con la llegada de la noche, ella se sentó junto al Gran Canal para mojar allí sus pies descalzos, en compañía de su perro galgo. No había tensión, sino intuición de rocío y pereza en el reflejo de sus ojos. Entonces fue cuando presentí que se acercaba el final, que si me mantenía alerta iba a ser testigo de cómo la enfermedad de las niñas rubias desataba su azote tan temido para quienes no podían comprender lo de placentero que había en esa muerte. Recuerdo que Mariemi no lo entendió, tiró su anillo de casada contra el suelo cuando traté de explicarle, pero

ella sólo oía la palabra mujeres y la palabra muertas. Me preguntó si andaba metido en algún asunto sucio, que ya se lo había advertido mi padre cuando le dijo que yo estudiaba rarezas, que a ver si me podía meter un buen polvo para que no me volviera maricón del todo. Por eso ya no seguí explicándole más a Mariemi y fue cuando escuché aquel ruido de su anillo golpeando contra el suelo, que es como suena un matrimonio roto. Del placer salió de repente, se puso en pie y se adentró en la noche veneciana, que es una noche con reflejos temblorosos de luz en los canales. Al menos durante una hora estuvo en la explanada que antecede a la estación de tren jugando a despistar a su perro galgo, corriendo por las escalinatas delante de él, escondiéndose tras los maceteros o en un pequeño parterre para desorientarlo, hasta que su melena rubia desapareció entre los callejones aprovechando que el perro se había echado para que lo manosearan unos turistas, confiado en que ella ya había dado por finalizado el juego. Lo cierto es que se movía por el laberinto de calles con soltura y que, cuando pasaron unos minutos, yo también me di cuenta de que el animal ya no la seguía, que en cualquier otro lado de la isla habría un galgo olfateando entre las esquinas. Recuerdo que una vez, cuando Mariemi y los niños todavía vivían conmigo, la pequeña me pidió un perro. Yo le expliqué que era muy sacrificado y que ensuciaría la casa. Entonces la pequeña dijo que me odiaba, que yo ya no era su padre. Esa solvencia o rebeldía también la tenía aquella noche ella, mi enferma, cuando se adentró de nuevo en la espiral turística como si fuera en busca de una tragedia veneciana de las que narró Shakespeare. Aunque no era Othelo, desde las an-

gosturas de una calle ciega se le apareció el mismo negro del palacio-museo Peggy Guggenheim con una gran bolsa de basura donde escondía sus bolsos de imitación. Citaba nombres de varios países para ubicarla, mezclados con afamadas firmas de la mercancía que llevaba, entre los que se encontraban Prada o Louis Vuitton, pero a ella no le interesaban hasta que de la misma calle ciega vio salir a varios negros más, con sus miradas tristes de recién llegados a Europa. Se acercó a uno de ellos, al más alto, una estatua de ébano a cuyo oído susurró algo. El grupo lo abandonó allí especulando sobre si la muchacha quería bolsos o sexo, porque inmediatamente la pareja se adentró en la oscuridad. Desde la distancia yo no podía ver bien, así que me acerqué, pero aún así lo único que pude distinguir fue un billete a cambio de nada o un beso muy caro. El hombre se abrazaba a la niña rubia, trataba de besarla otra vez, pero ella se apartó, le acarició la cara mientras negaba con la cabeza. Entonces recordé que, según el manual de Gerome, todas las afectadas por la enfermedad habían muerto doncellas, aquel rechazo encajaba, metía de lleno a la muchacha en el perfil que estaba buscando. Ella volvió a salir a la luz y continuó su camino hacia *Strada Nova*. Tardé unos segundos en percatarme de que ahora llevaba una mochila al hombro, una muy pesada porque mostraba dificultades para transportarla. Lo que más me desconcertó fue su destino, pareció alcanzar un lugar ansiado cuando llegó al Puente de Rialto, colocándose justo en el centro, apoyándose en él para contemplar el espectáculo fascinante de los palacios de agua y luz temblando en las estelas que dejaban a su paso las lanchas y los transbordadores por el Gran

Canal anochecido. No sabría calcular cuanto tiempo estuvo así, el suficiente sin duda para dejar su retina rasgada de belleza, el preciso para provocar la desaceleración del turismo hasta reducirlo a unos caminantes esporádicos, a las parejas que buscaban el regreso a sus hoteles para hacerse el amor. Precisamente eso es lo que me molestaba de Mariemi, que no mostrara emoción por nosotros ni cuando estábamos en las principales capitales, donde todas las parejas de turistas se hacen el amor. Ella salió de su ensimismamiento de repente, recuperando mi atención, que oculto tras un recodo del *Palazzo dei Camerlenghi*, intentaba recordar entre las páginas del manual de Jean-Loup Gerome alguna muerte contemplativa, porque sabía que esa niña rubia había elegido Rialto para morir. Sí, y yo no hice nada por evitarlo. La muchacha empezó a maniobrar y, aunque no podía distinguir bien lo que hacía desde mi posición, creo que sacó de la mochila un trozo de cuerda y que comenzó a rodear su tobillo en espiral hacia la rodilla. En cuanto tuve la certeza salí de mi ocultación, ya daba igual que me viera, ya estaba muerta incluso antes de encaramarse a la barandilla, antes de anudar bien la mochila al otro extremo y arrojarla al Gran Canal para que, tras el ruido que hicieron las piedras encerradas dentro de la mochila contra el agua, la cuerda se tensara arrastrando a la muchacha hacia los canales de Venecia, hacia un fondo de fango que validaba todas las hipótesis de Jean-Loup Gerome contra el academicismo. Sólo recuerdo de esos instantes mi carrera por el puente, el rostro de un estúpido perro galgo olfateando el Mercado de Rialto y mi grito desesperado intentando que ella me dijera su nombre para apuntarlo

en mi cuaderno de notas, donde sólo pude escribir inútilmente: murió sonriéndome, pero sin confesarme cómo se llamaba. “*Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*”¹, que decía monje benedictino del siglo XII, Bernardo Morliacense, en *De contemptu mundi*. Alguien dio la voz de alarma, enseguida llegaron los *carabinieri* con sus lanchas, llegó el buzo que sacó a la ahogada, pero yo ya había regresado a mi escondite del *Palazzo dei Camerlenghi*, para observarlo todo desde allí como un asesino protegido por las paredes de Venecia. Había fracasado en mi matrimonio, la vida no tenía un interés exagerado, pero yo siempre supe que aquella enfermedad existía.

¹ “*Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*”. Que significa, “De la primitiva rosa sólo nos queda su nombre, tenemos nombres desnudos” recogida de la obra *Del desprecio del mundo*, de Bernardo Morliacense y que hizo famosa Umberto Eco al final de su novela *El nombre de la rosa*.

